


EQUIDAD EN LA JUSTICIA

ALGUNAS PALABRAS

ACERCA DE

MR. WAGNER,

MINISTRO DE PRUSIA EN MEXICO

POR EL

C. Ignacio Manuel Altamirano

DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNION



MEXICO

IMPRENTA DE VICENTE GARCIA TORRES
San Juan de Letran núm. 3
1862.


BRITISH MUSEUM

No hace muchos dias que un periódico extranjero muy autorizado ha venido á revelar: que Mr. Wagner, ministro de Prusia cerca de la República, en sus informes oficiales á cierto gobierno europeo, ha aventurado la aseveracion de que la idea monárquica gana terreno á cada dia en el pueblo mexicano, y de que se manifiestan, en el pais las mas vivas simpatías en favor de la intervencion francesa.

Semejante revelacion quizás ha pasado desapercibida á los ojos del Gobierno Supremo; la prensa nacional nada ha dicho sobre el particular, siendo, como es demasiado grave, á juzgar por las consecuencias que puede tener el dicho de un agente diplomático; pues lo general es que los gobiernos dan entero crédito á las relaciones de sus enviados, suponiéndolos, como deben ser, perspicaces en sus observaciones políticas y bien informados con respecto á los hechos que denuncian.

Los gobiernos europeos, pocas veces engañados por los sagaces y expertos ministros á quienes envian á las cortes de la misma Europa, hacen exten-

siva, por desgracia, su credibilidad, á los oscuros y miopes agentes que casi siempre, mandan á la América española y con particularidad á México, sin contar, como debian, con los cortos alcances de muchos de ellos, con su poquedad de inteligencia diplomática, con sus ruines pasiones de mercader ó con su total ignorancia de nuestras cosas.

Y á fé, que en esto, muy escasos andan, en criterio, esos gobiernos, pues debian buscar la razon del ascenso que merecen sus enviados, en la eleccion que de ellos hacen.

Sucede y las mas veces, que un gabinete europeo escoje para representarlo en México, á un pobre y mezquino cónsul, que ha pasado toda su vida registrando defunciones, matrimonios y partidas de comercio en Argel ó en la Martinica, ó bien á un escribiente de una oficina subalterna, ó á un noble sin camisa, escapado de Clichy. Con tales precedentes, no es fácil poseer, de luego, esa profundidad de cálculo que hace de un diplomático un augur, ni esa probidad que lo muestra como un caballero, ni ese conocimiento local, que le familiariza con el pais en que está acreditado.

Por otra parte, absurdo seria suponer que por el mero hecho de tener un diploma que han espedido con mano torpe el favoritismo, la beneficencia ó la vanidad importunada, se deba creer al que lo recibe, revestido de la respetabilidad que solo dan el talento, el saber y la práctica honrada de los negocios.

De ser así, confundiriamos néciamente en una misma línea á Santos Alvarez y al conde de Reus con Sorela y con Pacheco, y á Sir Charles Wyke con Mr. Wagner, y adios buen sentido entonces.

Por raro que esto parezca, tenemos el pesar de saber que algunos gobiernos europeos son víctimas de esta confusion, puesto que así dan crédito á las

monstruosas relaciones de sus enviados. Entiéndase que no me atrevo á calificar del mismo modo á todos los ministros extranjeros; ni seria razonable, conociendo, como conocen mis compatriotas todos, la nobleza de sentimientos y la circunspeccion con que se han conducido, en otro tiempo, el Sr. D. Miguel de los Santos Alvarez y los Sres. Prim y Wyke en estos últimos dias.

Pero lo regular es, que los ministros europeos desde que llegan á Veracruz, se constituyen nuestros tiranos, nuestros espías ó los gefes de las conspiraciones conservadoras. Por no dejar, hasta D. Joaquin Francisco Pacheco, hábil jurisconsulto y no infeliz diplomático otras veces, segun se cuenta, no hizo mas que pisar el suelo mexicano, cuando se trasfiguró, eclipsóse su talento, aun se entregó al feo vicio de escribir impresiones de viaje falsas, y se vió por último, enredado en un dédalo de intrigas del que no logró salir, sino dejando en la República una memoria grotesca, y yendo á sucumbir en el senado español á los golpes de maza que le descargara Calderon Collantes.

Pero prescindiendo de la cuestion sobre la aptitud ó ineptitud de esos personajes, lo cierto, lo que presenciamos es: que mas apasionados y maliciosos todavía que torpes, algunos ministros europeos, no vienen á nuestra República mas que á fomentar con su influencia nuestros odios intestinos, á deturpar de un modo inícuo á nuestro pueblo, y todo por favorecer bastardas miras, ó por hacerse interesantes para con sus gobiernos y aun para con los extraños.

Tarde ó temprano se ha encontrado esta explicacion siempre. El vizconde de Gabriac que no tenia repugnancia en vender él mismo las lechugas y las zanahorias que cultivaba en el palacio de la Legacion, que no tenia vergüenza de obsequiar con té

claro á los concurrentes de sus bailes, deshonrando así las magnificencias del imperio frances, encompadraba con Santa-Anna, y favorecia á Miramon por *hacer su negocio.*

Monseñor Clementi, el nuncio inútil que nos envió la corte de Roma, apoyaba á los frailes, porque era muy natural: él tambien participaba del opíparo banquete que por tanto tiempo, se dió el clero en nuestra pobre patria. Ademas, las indulgencias, la concesion de oratorios, la absolucion de enormes pecados reservados al papa, todo esto era una renta pingüe para el pobre monseñor, cuya persona vino oliendo á simonía de á legua.

El desventurado Sr. Pacheco trabajaba por la reaccion moribunda, porque creia tener mucho talento diplomático, y con solo eso pensó inclinar de su lado la balanza nacional, para despues ir á preconizar á España aquel prodigio de cálculo y de intriga. Verdad es, que tambien andaban en eso algunos prometimientos sobre la deuda española.

Mr. de Saligny, el digno Mr. de Saligny, nos ha conducido hasta esta situacion, porque todo el mundo sabe que no es estraño á los honrados deseos de Jecker. Esto es evidente. Todos sus afanes tendian á hacer reconocer por el Gobierno Constitucional, los créditos contraidos por los rebeldes reaccionarios de México, á fin de que esto importase el triunfo ruinoso de aquel agiotista. Esto procuraba ya por las condiciones que propuso en la convencion rechazada en Marzo del año pasado, ya en sus reclamaciones subsecuentes, ya en fin, en todos sus hechos, y esto desea todavía, como el punto objetivo de la guerra actual.

Verdad es que en las mismas Tullerías hay quienes le sugieran esta conducta porque tampoco son estraños á este bellísimo negocio, por mas que Mr.

Billault, se enoje de que la Europa lo sepa y diga que se calumnia.

Se ha visto, pues, por las razones indicadas ligeramente, porque estenderme mas no es de mi propósito: que la conducta hostil que esos ministros extranjeros han guardado respecto de México, ha tenido una causa óbvia en su sórdida ambicion personal, en su afan de volver á Europa con algo mas que sus apolillados títulos de nobleza. Pero, ¿cómo explicarnos hoy la que observa Mr. Wagner? ¿Acaso él tambien......?

No queremos creerlo. Es preferible suponer, que contagiado por el ejemplo de Saligny y quizás deseando hacer por su cuenta algun ruido para atraer sobre su modesta figura diplomática la atencion europea, y no encontrando coyuntura para ello, pues nuestros negocios con la Prusia reducidos á recibir de esta nacion alguna cerveza y baratijas insignificantes, no le ofrecian el campo que su ansiedad deseara, ha creido encontrarlo por fin, con motivo de haber sido puestos bajo su proteccion por algunos dias, los súbditos ingleses y españoles, y en la actualidad los franceses.

Esta es una suposicion ahora: el tiempo nos ha de descubrir el verdadero móvil de su hostilidad.

Porque ella se manifiesta de mil modos, porque Mr. Wagner no vacila en apelar á la calumnia, á la fábula, á la miseria de los maldicientes vulgares. Poco le importa que en México se le desmienta, con tal de que en Francia se le aplauda.

Si observamos su manejo desde que comenzó nuestro conflicto internacional, le veremos: primero, dirigir notas y mas notas á nuestro Gobierno, redactadas en estilo altisonante, ya exigiendo se esceptuasen á todos los extranjeros puestos bajo su cuidado, de ciertos impuestos; ya apoyando las re-

clamaciones impertinentes de algun majadero, ya en fin, representando sobre cualquier friolerilla que se quedó tal, por mas que con intencion de agrandarla, soplara en ella el inteligente ministro.

Pero, como su mas virulenta nota fué contestada con dignidad y energía por nuestro Gobierno, como éste sin amedrentarse por tener en frente al ejército invasor no se inclinó para nada ante Mr. Wagner, como por último, México ha demostrado en estos últimos tiempos, por ejemplo en Mayo de este año, que está decidido á ver cara á cara á los que esperaban que iba á caer aterrado; el ministro de Prusia se ha contentado con hacer el elogio de los traidores, con ser el confidente de sus maquinaciones, y con enviar oficiosamente á Francia notas horrendas en las que calumnia villanamente al Gobierno mexicano, y en las que hace traslucir, como dijimos, su mezquina pretension de atraer sobre su figura, hoy perdida entre las sombras de lo desconocido, las miradas de la Europa entera, fijas en la cuestion mexicana.

Así, hemos visto en periódicos extranjeros de bastante autoridad: que el agente prusiano no ha temido asegurar oficialmente, en sus informes, que la idea de una monarquía encontraba adeptos en la mejor sociedad de México, y que la intervencion francesa era acogida con entusiasmo.

Pero todavía hay algo mas grave, mas inicuo. Vemos en los últimos diarios llegados de Francia por el paquete, en los oficiales como el *Monitor*, que el ministro Billault contestando al elocuente Jules Favre, en la sesion del cuerpo legislativo del 26 de Junio, ha asegurado: que el ministro de una potencia amiga que presta un apoyo benévolo á los franceses en México, ha informado al Gobierno imperial, con frecuencia, acerca de nuevos crímenes cometi-

dos por el Gobierno mexicano contra los extranjeros, añadiendo que los gobernantes de nuestro país habian dejado á un lado todo pudor y todo miramiento.

Este ministro, no es otro que Mr. Wagner.

Semejante calumnia es atroz en alto grado, porque á ser ciertos los hechos que supone, ellos solos justificarian la deslealtad de los comisarios franceses, la ruptura inopinada de las negociaciones y la resistencia de los gefes invasores para retirarse á Paso-Ancho, segun los convenios de la Soledad.

Y adviértase, que precisamente con ese objeto adujo Mr. Billault, el testimonio del enviado prusiano, pues tratábase de quitar de la frente del Gobierno francés esa negra mancha de villanía y de perfidia que los hombres honrados de la Francia ven con indignacion y con vergüenza, y que un diputado generoso se atrevió á señalar, en presencia de toda la Europa y en nombre del pueblo francés, porque ciertamente, ese pueblo no debe ser responsable de las infamias que cometen sus tiranos.

Ahora bien: supuesto que Mr. Wagner es quien ha facilitado esa arma vil, nos toca á nosotros interrogarle en alta voz, en nombre del honor nacional herido por él, provocarle á que justifique aquí sus asertos ó desmentirle á la faz del mundo, y abandonarle al fallo que sobre su conducta innoble, pronuncien los pueblos civilizados.

Que diga de dónde, y por qué ha inferido que el pueblo mexicano acoge con placer la idea de una monarquía y la intervencion francesa? Quién se lo ha dicho? ¿Qué acontecimiento se lo ha demostrado? Qué oráculo popular consultado por él, le ha hecho semejante revelacion?

¿Conoce Mr. Wagner de algun modo la ciencia política? Pues entonces, debe saber cuáles son en

todas las naciones, los órganos verdaderos de la opinion pública. Y no es por cierto en la charla de un *té íntimo*, ni en un almuerzo, ni en las conversaciones apasionadas de un agiotista extranjero, ni en la miserable impaciencia de un traidor cobarde, donde se van á estudiar los deseos de una nacion, ni las opiniones sanas de una sociedad.

¿A qué congreso desconocido asistiera Mr. Wagner, que tan convencido se muestra? Qué Estado, qué poblacion, qué villorio siquiera que no esté bajo la presion de las bayonetas francesas, ha pedido un monarca ó alargado sus brazos á los invasores? En qué rincon de la República mexicana no se ha escuchado un grito de ira contra el Gobierno francés? Qué pueblo, por lejano que sea, no ha dirigido al ejército mexicano una mirada de simpatía y de gratitud, despues que en los campos de Puebla supo quebrantar el orgullo de esos soldados del imperio que, preconizando sus ideas de libertad, de civilizacion, de grandeza y de generosidad, se creen con derecho para ultrajar á un pueblo libre, aunque desgraciado?

¿Cree acaso Mr. Wagner que habrá un digno hijo de esta patria, que no esté pronto á sacrificar su vida por la independencia? ¿No vé el perspicaz diplomático que el pueblo pide armas, que los soldados se impacientan en el campamento, que aun nuestros hermanos emigrados en la Alta-California se ofrecen á millares para venir á combatir por su país, que en las Repúblicas sud-americanas la juventud generosa no pide mas que trasportes para venir á derramar su sangre al pié de nuestras banderas, mientras que los ancianos compañeros de Bolívar y de San Martin organizan sociedades para dar el grito de alarma en todo el continente de Colon?

Pues qué, ¿piensa Mr. Wagner que se amenaza

impunemente la libertad de América que ha costado rios de sangre á sus valientes hijos? ¿Cree que se olvidan fácilmente tres siglos de esclavitud, de lágrimas y de miserias para poder hoy amar el antiguo yugo de la tiranía?

Quien así crea que el pueblo mexicano ha perdido la memoria de sus gloriosas tradiciones y de su antiguo ódio á los déspotas, no abunda en discernimiento, no debe envanecerse de su prevision, no llegará á ser, sin duda, ni un Metternich, ni un Pitt, ni un Cavour, en toda su vida.

Pero ya se ve: existe en México, por desgracia, un pequeño círculo de traidores, lepra de todos los países invadidos, y este círculo es el que Mr. Wagner pretende hacer pasar en Europa, como el órgano de nuestra sociedad. ¡Qué horror!

En efecto, en la guerra actual, mientras que la nacion entera se levanta indignada contra los invasores; solo permanecen impasibles y aun desean la monarquía, unos cuantos agiotistas extranjeros, como Jecker por realizar su ensueño desvergonzado: unos cuantos pretorianos famélicos, inútiles y cobardes á quienes la ira popular arrojó de los festines del clero, despues de ser pisoteados: unos cuantos frailes impúdicos que esperan que la Francia les vuelva á ellos y á sus concubinas, las cosechas del fanatismo, para recomenzar las saturnales de los antiguos conventos: unos cuatro ó cinco *nobles* cuya casa solariega está en las tabernas, en los garitos y en las ladroneras; pero que piensan ser duques ó marqueses del imperio frances, y por último, un número mas grande, es verdad, de viejas parásitas del clero.

Este es el órgano del pueblo mexicano, segun Mr. Wagner, estas sabandijas son las que suspiran por un rey, estos son los únicos aliados que tendrán en

México esos soldados franceses, que peleando por la libertad en Italia, hallaron á su lado á Víctor Manuel y á José Garibaldi.

Esta es la parte sana que tanto ha impresionado á Mr. Billault por los informes de Mr. Wagner, y á la cual el generoso y elocuente Julio Favre ha calificado tan bien, relegándola al desprecio del mundo entero.

¡Oh Mr. Wagner! ¡Mr. Wagner! Haciéndoos el panegirista de semejantes reptiles, os estais perjudicando en vuestra buena reputacion!

Si el ministro de Prusia ha creido que Márquez, Vicario, Galvez y esos otros traidores que se han reunido á los franceses, son los órganos de la nacion mexicana, no solo seria poco cuerdo, sino que abordaria el ridículo. ¿Qué significa un puñado de asesinos y de truhanes asquerosos, que el pueblo mexicano arrojó de su seno y relegó á los bosques, que toda sociedad civilizada arrojaria tambien porque es una podredumbre insoportable? Vistos con horror por todas partes, perseguidos sin cesar hasta en sus guaridas, espantados del odio que provocaran sus crímenes, huyendo despavoridos siempre delante de los soldados del pueblo, sin esperanza de triunfo, sin otro porvenir que el del patíbulo ó el de los presidios, estos hombres, estos mónstruos se fueron á reunir á los franceses, como podrian haberse reunido á las fieras, por saciar su sed de sangre y de esterminio, por alentar su cobardía, por ayudar al extranjero á destrozar á su patria, único crímen que les faltaba, único placer infame que no habian saciado.

¡Vergüenza eterna á las banderas que les dan asilo!

¡Sí! que la Francia extraiga del suelo mexicano, ese fango inmundo para manchar sus pabellones.

Ella será quien tenga el trabajo difícil de lavarse de él, ella será quien sufra los menosprecios de los pueblos honrados.

Volvamos á Mr. Wagner.

En cuanto á las denuncias que ha hecho al Gobierno frances acerca de los nuevos crímenes cometidos por el gobierno mexicano, poco debe hablarse, no hay necesidad de decir á Mr. Wagner mas que estas palabras, que si es delicado escuchará: "*Enumerad esos hechos, probadlos, indicad siquiera cuáles son, ó mentís!*"

El sabe perfectamente que antes bien. estamos pecando de tolerantes, y que no hay pueblo alguno que estando en guerra con una nacion, cuyo gobierno ha procedido con deslealtad, cuyo ejército haya cometido hechos piráticos, enriquezca, mime y considere tanto á los hijos de ella, que pudo expulsar, usando de su derecho.

Quizás por esta tolerancia, aun no hemos puesto coto á las inconveniencias del mismo Mr. Wagner sobre el cual debe llamarse de nuevo la atencion del Supremo Gobierno.

No es discreto dejarle en la senda de Pacheco y de Saligny, pues este disimulo siempre nos ha acarreado males de consecuencia. En los dias de Zuloaga y de Miramon, Mr. Gabriac, Monseñor Clementi y el embajador español conspiraron abiertamente en favor de aquellos dos facciosos y contra la nacion entera que reconocia al gobierno legítimo de Veracruz. Vino éste á México, y el Sr. Ocampo, ministro entonces de relaciones exteriores, se mostró digno, dando sus pasaportes á los que así habian cambiado su carácter diplomático por el de revolucionarios en un pais que no era el suyo.

Porque es lo justo: cuando un ministro extranjero conspira de este modo, traslimitando el círculo

de sus derechos y prerogativas, y violando las leyes sagradas del Derecho de gentes; el gobierno á quien daña, está en su perfecto derecho de expulsarle de su territorio. Este es un axioma reconocido y confirmado por numerosos ejemplos históricos.

Dejarle, contemplar en silencio su conducta, cuando ella consta de un modo cierto, es aprobar tácitamente sus calumnias y tener en poco la dignidad de la nacion.

De todas maneras y á pesar de los buenos deseos de Mr. Wagner, él puede estar seguro de que lejos de suspirar México por la monarquía y por la intervencion, sabrá defender su independencia, y de que no es improbable todavía que dé una leccion mas severa aún á los soldados del déspota francés, porque, aunque nuestras tropas no sean veteranas, aunque estén sujetas á las privaciones, aunque no sean iguales en antecedentes militares á las tropas francesas, defienden la libertad de su patria, y cuando esto sucede, los pueblos hacen milagros.

Que lo diga la Prusia que aun se avergüenza de Valmy.

México, Agosto 5 de 1862.

Ignacio Manuel Altamirano.

